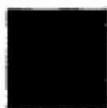


## ¿Bipartidismo, “bialiancismo” o partido dominante? Esas raras transiciones nuevas<sup>1</sup>

Antonio Camou<sup>2</sup>



*Sed liberales, o sed socialistas, pero no seais mentirosos...*

*Jacques Rueff*

Un largo decir de caravana, transmitido de generación en generación, de padres a hijos y de politólogos a encuestadores, nos enseñó a ver el mapa político argentino articulado –o dividido– por dos grandes partidos. Este bipartidismo, más virtual que real a fuerza de interrupciones institucionales, acotado por la omnipresente vigilancia del actor militar durante varias décadas, y débilmente integrado en términos de un sistema de partidos estable, parece en la actualidad transformarse en una reliquia de tiempos idos más que en una promesa de futuro. ¿Habrá que amontonar el bipartidismo argentino en el arcón de los recuerdos, junto con los discos de pasta, las máquinas de escribir y la gomina Lord Cheseline?

Como en todo proceso crítico, donde lo nuevo no acaba de nacer y lo viejo no termina de morir, el sistema de partidos argentino ofrece un panorama de perfiles todavía borrosos, en el que apenas es posible dibujar a trazo grueso algunos escenarios. A partir de la crisis de diciembre de 2001, creo que es posible vislumbrar cuatro escenarios en esta nueva transición político-partidaria: uno de

---

<sup>1</sup> La presente comunicación hace referencia a la conferencia de Torcuato Di Tella, “La crisis de representación política en Argentina ¿Después del bipartidismo?”

<sup>2</sup> Director del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Estas notas retoman algunos puntos ya discutidos en un breve artículo aparecido en *Realidad Económica* (1999) y en un trabajo publicado en la revista *Perfiles Latinoamericanos* (2000) de FLACSO-México. E-mail: [acamou@huma.fahce.unlp.edu.ar](mailto:acamou@huma.fahce.unlp.edu.ar).

recomposición del “bipartidismo clásico”, otro de “pluralismo”, un tercer escenario de “partido dominante” y finalmente calificaré como “bipartidista”, sobre el que pondré más adelante una ruta argumental análoga a la que defiende Torcuato Di Tella en este número, quiero transmitir al lector una buena y una mala noticia que un incipiente escenario “bipartidista” puede ofrecer —a saber, la posibilidad de un cambio democrático estable, progresivo y eficaz; la mala noticia es que ese escenario se consolide a nivel nacional es todavía

## 1) ¿CUÁL BIPARTIDISMO?

Para no perdernos en el uso de algunos términos, comencemos con algunas aclaraciones fundamentales. En primer lugar, cualquier análisis de la realidad política argentina tiene que comenzar destacando la discontinuidad e inestabilidad de la historia institucional del país. Por ejemplo, un indicador concreto de ese rumbo errático lo constituyen los gobiernos presidenciales: de haberse cumplido los mandatos establecidos por la Constitución Nacional, la Argentina debió tener entre 1928 y 1982 nueve gobiernos presidenciales; tuvo en cambio veinticuatro, de los cuales catorce fueron militares; del Ejército que llegaron al poder con base en alguno de los golpes triunfantes que se produjeron durante ese período, sin contar los “planteos” castrenses que “sólo” desembocaron en crisis institucionales. Adicionalmente, cabe aclarar que tampoco los gobiernos civiles cumplieron sus mandatos, ya que solamente uno de ellos (el gobierno de Jorge Rafael Videla) pudo cumplir el mandato presidencial que había sido fijado por la Constitución. En este marco, el sistema de partidos, entendido como “la composición estructural de los partidos políticos de un Estado”, deberá tener en cuenta las fracturas institucionales y de dinámica política introducidas por los largos quiebres dictatoriales.<sup>3</sup>

Un segundo punto a considerar al hablar de bipartidismo, es que no nos referimos a la constitución est

<sup>3</sup> Cfr. (Nohlen, 1998: 42). Es importante aclarar que si introdujéramos una definición por caso un componente de “lealtad” democrática, la vigencia del bipartidismo es cuestionable. Véase la definición de Leonardo Valdés (1995: 29).

un sistema de partidos de dos elementos (como el caso norteamericano); más bien, y de manera más acotada, destacamos el hecho de que cuando se daban las condiciones de competencia electoral, los triunfadores eran algunos de los dos partidos históricos de la Argentina contemporánea: la Unión Cívica Radical (UCR) o el Partido Justicialista (PJ).<sup>4</sup> En este sentido, y sólo en este sentido, durante los limitados períodos de plena vigencia democrática de la segunda parte del siglo, se cumplían en la Argentina los criterios reconocidos de identificación bipartidaria, a saber: a) en cada elección, dos partidos comparten la posibilidad concreta de llegar al poder; b) cada uno de esos partidos es capaz, por sí mismo, de formar gobierno, sin apelar al auxilio de otra fuerza política; y c) existe la posibilidad real de que el partido en el gobierno pueda ser reemplazado por el partido que está en la oposición (Nohlen, 1998:45).

Pero esta no es toda la historia. Como ha sido reiteradamente señalado por diferentes estudiosos, la política partidaria en la Argentina ha estado caracterizada por partidos “fuertes” pero por un sistema de partidos muy “débil”, es decir, por la persistencia de identidades partidarias de larga data, capaces de movilizar grupos, proyectos y liderazgos en la arena política, pero escasamente proclives a reconocer reglas de juego legitimadas para la aceptación del adversario (Cavarozzi, 1989). Al decir de Liliana de Riz (1986), en la Argentina “se puede sostener que predominó un patrón organicista de acción política: las fuerzas políticas tendieron a confundirse con el todo, a devenir sinónimo de Estado y de Nación, tanto a derecha como a la izquierda del espectro partidario, y no aceptaron las reglas del juego político ni los jugadores que la sociedad les proponía”. En este sentido, la fuerza electoral y organizativa de los partidos políticos tradicionales no fue acompañada, hasta épocas recientes, por la voluntad de construir un espacio común de reconocimiento y de competencia regulada. En resumidas cuentas, cuando había elecciones, ganaban radicales o peronistas, pero cuando no había elecciones (y los propios partidos ayudaban de tanto en tanto a que no las hubiera), el grueso de la actividad política seguía pasando en buena medida a través de los carriles organizacionales, el discurso, los proyectos, y las acciones de los líderes políticos de ambas fuerzas.<sup>5</sup>

■  
4 Paso por alto en estas notas el racconto histórico de los cambios de denominación de ambas fuerzas, así como también la saga de desgajamientos o divisiones que dieron lugar a la conformación de otros partidos.

5 El otro Di Tella, Guido (1984), un intelectual brillante y escasamente reconocido, ha argumentado —en un sentido que contribuye a sustentar la tesis de este ensayo— que la Argentina, entre 1955 y 1983, no fue gobernada solamente por dos partidos políticos, el peronista y el radical, sino por un sistema “tripartito”, cuya tercera pata era el “Partido Militar”. Buena parte de ese hipotético “partido militar” hoy integra las fuerzas de la derecha organizada que compete en el terreno electoral. La idea del sistema de tres “partidos” también a parece en Ricardo Sidicaro (1994).

Una tercera cuestión a considerar se refiere a la lógica de separación del universo político, y ligada a esto, la diferente dinámica de acumulación electoral de cada uno de los partidos tradicionales. Por un lado, el espectro electoral argentino ha tendido a combinar dos lógicas de corte de naturaleza diferente: al corte ideológico habitual entre izquierda y derecha como configuradoras de identidades políticas, se le ha sobreimpreso –a partir de la década del cuarenta– la separación del universo electoral entre el “voto peronista” y el “voto no-peronista”; siendo sobre todo la identificación con uno de los lados de esta última cesura el dato quizá más relevante a la hora de entender el proceso político-electoral. En este sentido, y como lo ha argumentado Juan Carlos Torre para el período reciente, “la dinámica de la competencia político electoral nacional entre 1983 y 1999 se explica, fundamentalmente, por el comportamiento del polo no peronista, y dentro de él por las opciones electorales del centro-derecha y del centro-izquierda. Es allí donde está la fuente principal de la volatilidad del voto y también de los cambios en las coaliciones electorales” (Torre, 2003).

Por otra parte, la paradoja básica a la que se han enfrentado las dos fuerzas políticas tradicionales en lo que hace a su dinámica de acumulación electoral es la siguiente: mientras el peronismo alcanza con relativa facilidad un piso electoral compacto –sobre todo provisto por la fidelidad de los sectores populares– de alrededor del 30-35%, se le ha hecho siempre difícil “agregar” votos distintos a esa base subiendo por la escalera de los estratos socioeconómicos; por el contrario, al radicalismo (particularmente en su versión alfonsinista) no se le ha hecho tan difícil “agregar” sectores dispersos, en particular de las amplias franjas medias, pero le es extremadamente costoso mantenerlos unidos debido a la disparidad de intereses y visiones que intenta conjugar. Analizando las tendencias electorales previas a las elecciones y a la crisis de 2001 (Cuadro 1 y 2), encontramos que el peronismo –aún en sus peores momentos– no baja de un tercio del cuerpo electoral, mientras que el radicalismo tiene un piso histórico significativamente menor. Por añadidura, el éxito electoral del menemismo provenía de complementar esa compacta base de apoyo propia con los “préstamos” electorales de sectores medios y medios altos, tradicionalmente abonados al voto “no peronista”.

CUADRO 1				
Elecciones presidenciales. Los dos partidos mayoritarios (antes de la crisis de 2001)				
Partidos mayoritarios	1983	1989	1995	1999
UCR	51,74	32,40	16,20 *	48,49
P. Justicialista	40,15	47,30	47,87	38,09
* El FREPASO obtuvo el 28,04% de los votos. FUENTE: Base de Datos Clarín.				

CUADRO 2										
Elecciones para diputados 1983-1999 y para constituyentes en 1994										
Partidos mayoritarios	1983	1985	1987	1989	1991	1993	1994	1995	1997	1999
P.J. y aliados	38,6	34,9	42,9	46,4	40,4	43,4	38,5	43,00	36,15	32,97
UCR y aliados	48,0	43,6	37,3	33,1	29,1	30,2	20,5	21,7	45,67	43,82
FUENTE: Base de Datos Clarín.										

## II) ¿DEL BIPARTIDISMO AL “BIALIANCISMO”?

El núcleo de mi argumento, pues, dice lo siguiente: entre la recuperación democrática de 1983 y la crisis de 2001, el sistema partidario argentino mostraba dos tendencias generales y combinadas de cambio, más allá de otras modificaciones de coyuntura. Por un lado, algo varias veces señalado, comenzó a moverse lentamente desde un bipartidismo tradicional a un incipiente esquema de “pluralismo moderado” (Sartori, 1976), esto es, las dos fuerzas mayoritarias mostraron una tendencia a la pérdida sistemática de su caudal electoral, el cual ha ido a engrosar las filas de terceras fuerzas ubicadas en las franjas izquierda y derecha del espectro ideológico.<sup>6</sup> Este fenómeno ha sido especialmente destacable en las elecciones intermedias, menos sujetas a la tradicional polarización de las elecciones presidenciales. Por otra parte, y éste es el punto que quiero discutir, puede visualizarse una tendencia de estas nuevas fuerzas políticas a confluir –junto con los dos partidos históricos– en la conformación de dos grandes constelaciones político-partidarias, dos grandes coaliciones electorales, y en algunos casos, dos “alianzas”, que buscan ocupar el espacio ideológico de la centroizquierda y de la centroderecha.

<sup>6</sup> En las elecciones de 1983 para legisladores nacionales, el PJ y la UCR acumularon el 86,6% de la masa electoral, mientras que en las elecciones de 1995, último comicio (anterior a 2003) en que la UCR se presentó sin alianzas, ambos partidos acapararon el 64,7% del caudal electoral. A partir de entonces, la Alianza (UCR-FREPASO) y el PJ vuelven a recuperar fuerza electoral pero ambos tendrán una fuerte caída en las elecciones para senadores de 2001, donde en conjunto alcanzarán el 63%. En un trabajo reciente Juan Carlos Torre habla de este caudal en términos de los “huérfanos de la política de partidos” (2003).

El proceso de conformación de nuevas opciones políticas comenzó tanto con la definición de fuerzas de orientación liberal-conservadoras (el caso de la Unión del Centro Democrático –Ucedé– a principios de los ochenta), como con expresiones de la centroizquierda (el caso del Partido Intransigente), y dio un paso importante con la presentación de la candidatura presidencial del FREPASO (Frente para un País Solidario) en 1995, que entonces desplazó al radicalismo al tercer lugar en las preferencias electorales. Posteriormente, cuando en 1997 se constituye la Alianza entre UCR y FREPASO y empieza a definirse el liderazgo de Domingo Cavallo como eje aglutinador de la centroderecha en torno a su partido Acción por la República, el esquema partidario argentino comenzó a tomar un formato que podemos llamar “bialiancista”.

Este bialiancismo puede ser entendido como una de las tantas formas híbridas que puede tomar el *continuum* sartoriano que va del “bipartidismo tradicional” al “pluralismo moderado”, y cuya característica sobresaliente es la configuración de una pauta de interacción que enfrenta a dos grandes agrupamientos político-electorales en torno al centro ideológico del espectro político. De este modo, en su versión más débil, se trataría de un juego de dos coaliciones electorales (al nivel de la base electoral), “ocasionales y efímeras”, al decir de Duverger, y en su versión más fuerte, haría referencia a un par de alianzas formalmente definidas en los planos electoral, parlamentario y gubernamental, como ha sido el caso de la Alianza radical-frepasista, o el acuerdo que se formalizó, en algunos distritos electorales, entre el peronismo y el cavallismo para las elecciones de 1999.<sup>7</sup> En todos los casos, se trata de la articulación de un conjunto de fuerzas políticas, tradicionales algunas, renovadoras otras, que comparten un espacio ideológico cercano al del centro político, pero que guardan la suficiente autonomía como para ensayar un variado juego de políticas de acomodación en diferentes coyunturas.<sup>8</sup>

---

7 Para la distinción entre “coalición” y “alianza” véase Duverger (1954: 355).

8 El caso chileno –en buena medida por efecto de su peculiar sistema electoral– y el propio caso uruguayo después de la irrupción del Frente Amplio como alternativa de gobierno tienden a responder a un esquema análogo.

Cuadro 3: Tipología de sistemas de partidos

TIPOS DE SISTEMA DE PARTIDO	CASO CLÁSICO
Sistema de partido único	Ex URSS, Cuba
Sistema de partido hegemónico	México (durante el PRI)
Sistema de partido dominante	India, Japón
Sistema bipartidista	USA, Gran Bretaña
Pluralismo moderado	Países Bajos, Suiza, Bélgica, ex-República Federal Alemana
Pluralismo polarizado	Chile hasta 1973, Italia, Finlandia
FUENTE: (Adaptado de Nohlen, 1998:45)	

La conformación de estas dos constelaciones partidarias que han ocupado los dos lados del espectro político responde a un hecho estructural básico: por debajo de cualquier otro movimiento de superficie, el electorado argentino se ha mostrado bastante fiel a “dos” grandes coaliciones políticas, a la manera de dos grandes avenidas por las que ha discurrido el nuevo pluralismo social post-83.

Obviamente, una de esas alianzas fue “la” Alianza que llevó a la presidencia a Fernando de la Rúa junto a Chacho Álvarez. Si bien se cuenta que la unificación se formalizó el 2 de agosto de 1997, en realidad, la Alianza nació mucho antes; nació desde el llano y de la mano de Raúl Alfonsín en los fluidos años de la transición democrática, cuando el líder radical logró amalgamar la confianza de un votante republicano, moderadamente progresista y vagamente socialdemócrata. Desde entonces hasta la crisis de 2001, el “alfonsinismo” fue uno de los dos discursos políticos prevalecientes en la sociedad argentina, con capacidad de constituir, y de expresar, una coalición electoral significativa. Que a veces se haya mantenido unida a nivel de sus dirigentes (1983 y 1999), y haya saboreado el gusto de la victoria, o que haya discurrido por caminos separados rumbo al fracaso, es un dato más bien secundario.

La “otra” alianza, en cambio, nació desde el poder presidencial y de la mano de Carlos Saúl Menem, que la fue forjando en los incendiarios tiempos de la hiperinflación, la hizo debutar con la “Plaza del Sí”, en abril de 1990, la soldó con el lanzamiento de la convertibilidad, y la estrenó electoralmente en las elecciones generales intermedias de 1991, que fue el primer triunfo auténtico del “menemismo”. También esta coalición ha sabido lo que es triunfar, cuando se mueve unida (desde 1991 a 1997), y también sabe lo que es caminar por el llano, después del distanciamiento y la derrota.<sup>9</sup>

■  
 9 Aunque más no sea como mero ejercicio de historia contrafáctica, recordemos que la elección presidencial de 1999 pudo terminar en un infartante *ballotage*: los votos de la fórmula de Duhalde más los de Cavallo totalizaron el 48,19% contra el 48,49% de De la Rúa-Álvarez. El dato no es menor: en estos mismos comicios, pero a nivel provincial, fue precisamente esta alianza “menemista” la que le permitió a Carlos Ruckauf sacarle siete puntos de ventaja a Graciela Fernández Meijide en la gobernación de Buenos Aires o la que le dió el primer triunfo a José Manuel de la Sota en Córdoba.

Ahora bien, y esto completa el argumento expuesto más arriba, en el proceso de conformación de sus propias bases electorales, tanto Alfonsín como Menem, los dos líderes políticos indiscutidos de las últimas dos décadas, tendieron a jugar un juego que terminó revelándose como imposible. Miradas desde la experiencia internacional, ambas estrategias mostraron anomalías que terminarían por colapsar con la crisis de 2001. El “juego imposible” de Alfonsín fue tratar de construir una socialdemocracia criolla sin sindicatos, sin clase trabajadora como columna vertebral de su poder social, algo que cuesta encontrar en el mundo; el “juego imposible” de Menem fue querer transformar al peronismo en un partido republicano (en el sentido norteamericano del término), pero con los sindicatos y los sectores populares adentro, algo que también cuesta encontrar en el mundo.

En este sentido, el “Pacto de Olivos” –más allá de su valoración como eje del cambio constitucional– contenía una idea política “buena” y otra “mala”: la buena idea era la de alinear las identidades políticas tradicionales de la Argentina con las configuraciones político-ideológicas más o menos normales que hay en el mundo occidental; la mala era creer que una operación de cúpula podía torcer las bases sociales estructurales de configuración partidaria.

Por supuesto, el tema no es “parecerse” –partidariamente hablando– a lo que pasa en Europa o Estados Unidos por el parecido mismo. El tema es entender por qué en el mundo más o menos civilizado las zonas de clivaje político tienden a ser coincidentes. La primera ventaja se deja leer en la cita del economista liberal francés Jacques Rueff: izquierda socialista y derecha liberal, más allá de sus redefiniciones y adaptaciones a momentos históricos diferentes, siguen siendo dos cosmovisiones que articulan grupos, proyectos y prácticas políticas en las sociedades modernas. Las tensiones, las sanas tensiones, entre la preeminencia por el orden y la eficiencia de los liberal-conservadores, y las mayores exigencias de libertad y justicia de la izquierda, son parte del dinamismo de las sociedades desarrolladas. Cuando dichas tensiones no se vuelven contradicciones intratatables conforman un espacio de negociación y arbitraje, de equilibrios e intercambio, que permite consensuar rumbos políticos de largo plazo.

Una segunda ventaja puede apreciarse en términos de la dinámica legitimatoria: cuando se vota centroizquierda (en Europa) o a los demócratas en EEUU, el votante medio sabe que se está comprometiendo con una serie de líneas de acción relativamente consistentes, y lo mismo pasa con quien vota a

republicano o conservador. El hecho de que esos partidos hagan –después– más o menos lo que prometieron, refuerza el vínculo de representación en términos de realimentar la confianza del votante. En estas tierras, en cambio, las cosas suceden de modo un poco diferente: se gana con un discurso nacional-popular y después se hace otra cosa, porque lo único importante es ganar, y después hay que gobernar. Dicho en otros términos, la esperable distancia que en todo sistema político se establece, al decir de Samuel P. Huntington, entre la “coalición electoral” y la “coalición de gobierno”, en nuestro caso tiende a agudizarse muchas veces hasta el extremo de la impugnación. Hasta donde la retórica política lo permita, unificar discursos con prácticas es un buen camino para recuperar el necesario vínculo de la ciudadanía con la política.

Pero hay una tercera y obvia razón para agregar: el conflicto entre izquierdas y derechas es constitutivo, en el plano político-ideológico, de la dinámica conflictiva estructural de las sociedades capitalistas modernas. Por lo mismo, hay un partido que tiende a representar (más) los intereses del capital, y otro los del trabajo, pero allí donde es posible llegar a un compromiso entre acumulación y equidad, ambos se reconocen y se respetan en un espacio común de reglas; y ambos acuerdan y se moderan mutuamente, porque ambos se necesitan.

### **III) RECUERDOS DEL FUTURO**

Colapsado el socialismo “real” como opción histórica (por ineficiencia económica, autoritarismo político y discutibles logros en términos de equidad social), y agotado el nacional-populismo como alternativa sustentable, el trabajo de Di Tella obliga a enfrentarnos a algunas cuestiones estratégicas sin vueltas: ¿podemos construir algún tipo de capitalismo competitivo que se configure como pilar insoslayable de una sociedad más próspera y equitativa? ¿Qué actores podrán llevarlo adelante en el marco de una democracia gobernable? ¿Cuál es el formato político-partidario capaz de darle mayor estabilidad institucional, progresividad social y eficacia a una democracia capitalista en la Argentina actual?<sup>10</sup> Los cuatro escenarios siguientes son un intento de ensayar una res-

---

10 El ocioso o insomne lector puede consultar Camou (2002) para un análisis que incorpora algunas dimensiones socioeconómicas de estos desafíos.

puesta a esta última cuestión. Voy a ordenarlos según lo que creo es su mayor capacidad para responder a esos retos, cosa que –oh casualidad (!)– coincide con mis propias preferencias.

**BIALIANCISMO:** es el escenario chileno, y salvando las distancias, es el que se ha venido dando en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en los últimos años. En las elecciones del 7 de mayo de 2000 se perfilaron con bastante claridad “dos alianzas” que encarnaban opciones de centroderecha (Cavallo-Béliz) y de centroizquierda (Ibarra-Felgueras); en la actualidad (24 de agosto de 2003), esas opciones están encabezadas, respectivamente, por Macri-Rodríguez Larreta y por la fórmula Ibarra-Teerman.

Tengo claro que una “ley” sociológica con un solo caso tiene escaso valor, pero no deja de ser una hipótesis a contrastar: la mayor probabilidad de conformar un escenario bialiancista es directamente proporcional a la mayor probabilidad de disolución de alguno de los dos partidos históricos. Dicho de otro modo, es necesario que –al menos– alguna de las dos identidades políticas históricas se reduzca o disuelva para dar pie a una reconfiguración político-ideológica de la oferta electoral. En la Capital Federal –donde el peronismo se encuentra atomizado desde hace varios años y el radicalismo en estado de pulverización– se han presentado dos alianzas con perfiles ideológicos más definidos, y tanto peronistas como radicales se han cobijado bajo alguna de las dos alas.

A nivel nacional, el presidente Kirchner ha iniciado una operación de “transversalización” partidaria con base en el peronismo. Si esta operación empezara a fructificar podríamos llegar a tener un reacomodamiento de las fuerzas políticas del “Pacto de Olivos” pero sobre nuevas bases. El peronismo de Kirchner –hasta donde se lo puede ver en la actualidad– encarna más fielmente la base social de un partido socialdemócrata que el alfonsinismo, y por lo mismo, tiende a “normalizar” el sistema de partidos argentinos ocupando una posición de centroizquierda más definida, y por lo tanto, puede llegar a dejar atrás las pretensiones de una herencia nacional-popular orientada a ocupar todo el espacio ideológico en términos de un “movimiento nacional”. El hecho de que hacia el peronismo “kirchnerista” estén confluyendo radicales, socialistas, y otros sectores de la izquierda independiente parecería abonar esta conjetura. Algo parecido puede llegar a suceder con un emergente partido –o alianza– de centroderecha, encarnada hoy por la red histórica de partidos provinciales, con una importante base en Capital Federal (donde siempre la tuvo), pero que además ha comenzado a atraer a peronistas postmenemisas, radicales históricos, y

una ciudadanía independiente que se identifica con sus propuestas de orden público y su orientación pro-mercado. Los nombres de Ricardo López Murphy (ex-radical), Patricia Bulrich (ex peronista) y Mauricio Macri, entre otros, son un síntoma de esa moderna convergencia.<sup>11</sup>

Valga lo que valiere mi mensaje en una botella, allí va: es fundamental para la Argentina la existencia de dos formaciones partidarias, una de centroderecha y otra de centroizquierda, con arraigo electoral, cobertura nacional, y capacidad de formar gobiernos alternadamente en torno a un conjunto común de políticas de Estado.

**BIPARTIDISMO CLÁSICO:** la UCR y el peronismo siguen siendo los dos únicos partidos nacionales del país, en cualquier sentido serio del término. Son como el Correo (al menos hasta hace unos años) o el Banco Nación (al menos hasta dentro de unos años): están en todos lados. Pero algo más importante: desde el punto de vista de la institucionalidad partidaria, son lo mejor que hemos logrado construir en muchas décadas (imagínese cómo será lo peor). Ambos partidos, y sólo estos partidos, tienen una identidad forjada por décadas de historia política, cuadros dirigenciales experimentados en todos los niveles, redes de intermediación social y política en los diferentes sectores de la vida nacional, y equipos técnicos con experiencia de gobierno. No es poco en tierra de improvisados. Pero tampoco con eso basta y sobra. Mientras el peronismo salió relativamente airoso de la crisis de 2001 y mostró ser, aún en su fragmentación, el único partido con capacidad de gobierno que tiene el sistema político, la debacle electoral del radicalismo ha puesto gruesos signos de interrogación en lo que hace a la continuidad de esquema bipartidario. No hay que dar por muertos a los que todavía dan pelea, pero los herederos de Yrigoyen no la tienen fácil.

**PARTIDO DOMINANTE:** La contracara del declive radical, y de las dificultades de otras fuerzas políticas para conformarse como alternativa de gobierno, configuran un escenario en el cual el peronismo se transforma en partido dominante. Como es sabido, la diferencia que establece Sartori entre un partido “dominante”, como el japonés, y un partido “hegemónico”, como el PRI mexicano, es que en el segundo caso la fusión del partido con el Estado lleva a obturar –por diferentes mecanismos– la competencia electoral, mientras que en el primer caso, están dadas las condiciones habituales de competencia en un régimen demo-

■  
<sup>11</sup> Un argumento obvio que obligaría a moderar el ímpetu kirchnerista es que –mirado a nivel nacional– el peronismo realmente existente se parece mucho más a Duhalde, o a Lavagna, que a la repentina sumatoria de Lozano-Bonasso-Verbitsky.

crático, pero tiende a ganar de manera sistemática un solo partido. Visto desde esta perspectiva, el esquema de un “partido dominante” es el escenario que desde hace tres lustros tiene la provincia de Buenos Aires, y en buena parte de otros casos provinciales, dos décadas. En un espacio partidario fragmentado, a derecha e izquierda, el peronismo flexibiliza su capacidad de oferta electoral en términos de un “partido-capta-todo” que cubre un ancho frente político-ideológico, y se ajusta a los siempre cambiantes vientos de la coyuntura. El péndulo dibujado por las candidaturas de Carlos Ruckauf y Felipe Solá es un buen ejemplo de ello. ¿Podrá ser éste el destino del sistema de partidos a nivel nacional?<sup>12</sup>

**PLURALISMO DÉBIL:** es el último escalón antes de perdernos en la ingobernabilidad. El peronismo atraviesa una larvada crisis de identidad, está por definirse su futura conducción, y no está escrito en ningún lado que una corona de laureles esté esperando al presidente Kirchner al final de su mandato, ni que su operación “transformista” (al decir de Natalio R. Botana) vaya a tener éxito. Un fracaso de su gestión, o peor aún, un éxito a medias, puede sumirnos en un escenario político “a la peruana”, en el que desde mediados de los años ochenta hasta la actualidad, el sistema político se viene “comiendo” un partido por vez, y generando en su lugar sucedáneos débiles y de patas cortas (Belaúnde y su partido, Alan García y el APRA, Fujimori y Cambio '90, y ahora Alejandro Toledo y el variopinto escuadrón que lo llevó al poder). Como en tantas otras dimensiones de la vida, los extremos son claros: un “gran éxito” en la gestión de Kirchner (como en los primeros años de Alfonsín o de Menem) lo dejan sin adversario a la vista; un gran fracaso lo barre a él; el problema es una situación ambigua en la que los diferentes caciques partidarios vuelvan a competir entre sí, pero sin que se genere un nuevo liderazgo dominante. Este es un horizonte de partidos fragmentados, en torno a candidaturas y grupos que se unen de manera coyuntural, con baja capacidad de formar gobierno y de sostener políticas de Estado. Más que tener una competencia entre partidos el sistema político derivaría en una lucha entre candidatos, grupos y fracciones. Es la fotografía de las cinco candidaturas del 27 de abril de 2003, pero transformada en una película en continuado. No es un escenario impensable, pero se tomaría crecientemente invivible.<sup>13</sup>



12 Juan Carlos Torre ha señalado más de una vez que el peronismo tiende a comportarse como un “sistema político” completo.

13 Durante las presentes elecciones provinciales de 2003 cada uno de los cuatro grandes distritos electorales del país se acerca al caso “estilizado” de los escenarios descriptos: la Capital como distrito “baliancista”, Córdoba como “bipartidista”, la provincia de Buenos Aires es un caso de “partido dominante”, y Santa Fe alienta y disimula su fragmentación partidaria (“pluralismo débil”) de la mano de la Ley de Lemás.

En resumen, la crisis de 2001, con la pulverización electoral del radicalismo, pero también con la acentuación de la fragmentación distrital del peronismo, parece abrir una “ventana de oportunidad” para una reconfiguración del mapa político-partidario sobre nuevas bases. ¿Será posible?

Enviado para su publicación en agosto de 2003

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acuña, Carlos H.(comp.), (1995) *La Nueva Matriz Política Argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Camou, Antonio, (2002) “En busca de la gobernabilidad perdida. Sistema político y desempeño económico (otra vez) en la encrucijada”, en *Revista Textos para pensar la realidad*, La Plata, año 1, n° 1.
- Canitrot, Adolfo y Silvia Sigal, (1993) “Economic Reform, Democratization, and the Crisis of the State in Argentina”, Paper presented for the conference of the Overseas Development Council, March.
- Cavarozzi, Marcelo, (1989) “El esquema partidario argentino: partidos viejos, sistema débil”, en Marcelo Cavarozzi y Manuel Antonio Garretón, *Muerte y Resurrección. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones en el Cono Sur*, Santiago de Chile, FLACSO.
- De Riz, Liliana, (1986) “Política y partidos. Ejercicio de análisis comparado: Argentina, Chile, Brasil y Uruguay”, en *Desarrollo Económico*, n° 100, vol. 25, enero-marzo.
- Di Tella, Guido, (2002) “Populismo y producción”, en *Empresa*, 69, octubre-noviembre de 1984. Citado en Juan Carlos de Pablo, “Guido Di Tella, autor”, en *Desarrollo Económico*, n° 167, vol.42, octubre-diciembre.
- Duverger, Maurice, (1987) *Los Partidos Políticos (1954)*, México, FCE.
- Huntington, Samuel, (1972) *El Orden Político en las Sociedades en Cambio*, Buenos Aires, Paidós.
- López, Artemio, (1999) “La Falacia del Voto Cavallista”, en *Revista Línea*, n° 170, año XVII, diciembre.
- Nohlen, Dieter, (1998) *Sistemas electorales y partidos políticos*, México, FCE.

- Nun, José y Juan Carlos Portantiero, (1987) *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, BsAs, Puntosur.
- O'Donnell, Guillermo, Philippe C. Schmitter and Lawrence Whitehead, (1988) *Transiciones desde un Gobierno Autoritario* (1986), Buenos Aires, Paidós, 4 vols.
- Sábato, Jorge F. y Jorge Schvarzer, (1985) "Funcionamiento de la economía y poder político en la Argentina: trabas para la democracia", en Alain Rouquié y Jorge Schvarzer (comps.), *¿Cómo renacen las democracias?*, Buenos Aires, Emecé.
- Sartori, Giovanni, (1976) *Partidos y Sistemas de Partidos*, Madrid, Alianza, 1987.
- Sidicaro, Ricardo, "El Retorno del Progresismo", *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*, n° 39, invierno de 1994.
- Valdés, Leonardo, (1995) *Sistemas electorales y de partidos*, Cuadernos del IFE, México, n° 7.
- Torre, Juan Carlos, (2003) *Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria*, UTDT, mimeo.